

direccion que los prusianos seguian en su retirada, los alejaba de Sajonia, y ademas Napoleon tenia en su poder una buena parte de las tropas sajonas, las cuales habian peleado con honra, pero estaban muy disgustadas, no solo con la guerra que hacia su pais por agenas instigaciones, sino del mal tratamiento que habian encontrado en los prusianos, de quienes se quejaban sin rebozo. Napoleon mandó rennir en Jena, en una sala de la universidad, á los oficiales de las tropas sajonas, y valiéndose de un empleado en la secretaria de negocios estrangeros, que se hallaba á su lado, les dirigió algunas palabras que inmediatamente fueron traducidas. En su arenga les dijo que no sabia por qué estaba en guerra con su soberano, que era un príncipe dotado de saber, pacífico y digno de respeto; que hasta habia desenvainado la espada para sacar á su pais de la dependencia humillante en que lo tenia Prusia, y que no veia qué razon hubiese para que teniendo como tenian los sajones y franceses, tan pocos motivos de ódio, insistieran en pelear unos contra otros; que por lo que hacia á él, estaba pronto á darles una prueba de sus amistosas disposiciones, poniéndoles en libertad y respetando á Sajonia, siempre que le prometiesen por su parte, que no volverian á tomar las armas contra Francia, y fuesen á Dresde los principales de ellos á proponer la paz, y á hacer que su soberano la aceptase. Llenos de admiracion los oficiales sajones al ver el personage extraordinario que les hablaba, y agradecidos á la generosidad de sus proposiciones, juraron á una voz que ni ellos ni sus soldados continuarian sirviendo durante aque-

lla guerra, y algunos se ofrecieron á partir al instante para Dresde, asegurando que antes de que hubiesen trascurrido tres dias irian á llevarle el consentimiento de su soberano.

Con esto queria Napoleon desarmar el patriotismo germánico, tan escitado por Prusia, y tratando con aquella dulzura á un príncipe justamente respetado, tener derecho para tratar con rigor á otro príncipe á quien nadie queria bien. Hablamos del elector Hesse, que habia contribuido con sus embustes á provocar la guerra, y que desde que se rompieron las hostilidades procuraba traficar con su adhesion, decidido á entregarse á la potencia que saliese victoriosa. Por lo demas, era enemigo nuestro, aunque no lo decia, y adicto á Inglaterra, en cuya nacion habia depositado sus caudales; y Napoleon no queria, al tiempo de avanzar hácia Prusia, dejar á su espalda semejante enemigo, de quien podia deshacerse sin faltar á los principios de la guerra, y aun á los de una politica leal, porque aquel príncipe habia engañado no solo á Francia sino á Prusia. Antes de ir mas lejos, mandó, pues, Napoleon, al octavo cuerpo que dejase á Maguncia, y se dirigiese hácia Cassel, aunque aquel cuerpo solo debia componerse de unos diez á doce mil hombres; pero al mismo tiempo dispuso que su hermano Luis marchase por Wesfalia hácia Hesse, y se reuniese al mariscal Mortier con doce ó quince mil hombres, para contribuir al cumplimiento de lo dispuesto por la victoria. Sin embargo, creyendo que no era muy decoroso que su hermano se encargase de desempeñar una comision tan rigurosa, aconsejó al rey Luis enviase sus tropas á Mortier, y dejase

que éste realizara el despojo de la casa de Hesse, con la exactitud y provida que le distinguían. El mariscal Mortier debía declarar que el elector de Hesse había dejado de reinar (forma que ya se había adoptado con la casa de Nápoles), apoderarse de sus estados en nombre de Francia, y licenciar su ejército, ofreciendo á los soldados hessenses que quisieran servir se trasladasen á Italia. La mayor parte de ellos eran hombres robustos, y bien disciplinados, y estaban acostumbrados á militar fuera de su patria, por cuenta de los que se lo pagaban, especialmente por cuenta de los ingleses, que los empleaban en la India con mucha ventaja. El ejército hessense se componía de treinta y dos mil soldados de todas armas, de suerte que nos convenía en gran manera no dejar atrás de nosotros esa fuerza temible, sobre todo si habíamos de dirigirnos á lo interior del Norte, según proyectaba Napoleón.

Con aquellas diferentes órdenes, Napoleón envió al Rin la noticia de sus ruidosos triunfos, noticia que debía disipar las esperanzas de sus enemigos, aumentando en los soldados que se habían quedado en el interior del reino, el deseo de ir á reunirse con el ejército grande. Como lo tenía de costumbre, añadió una multitud de instrucciones relativas á los conseriptos, á la organización de depósitos, á la marcha de los destacamentos destinados á reclutar los cuadros, y al arreglo de los negocios civiles, que nunca se resentían, reinando él, del descuido que la guerra introduce en los demás ramos.

De Jena se trasladó Napoleón á Weimar, donde halló reunida toda la corte del gran duque,

inclusa la gran duquesa, hermana del emperador Alejandro, faltando únicamente el gran duque, encargado del mando de una división prusiana. Aquella corte tan instruida como urbana, había convertido á Weimar en la Atenas de la Alemania moderna, y bajo su protección vivían colmados de honores, ricos y felices, Goethe, Schiller y Wieland. La gran duquesa, á quien se acusaba de haber contribuido á la guerra, corrió á recibir á Napoleón, y alarmada al ver el tumulto que reinaba en su derredor, exclamó al tiempo de acercarse:—Señor, os recomiendo mis súbditos; á lo cual respondió Napoleón con frialdad:—Ya veis lo que es la guerra, señora.—Por lo demás, á esto se limitó su venganza, trató á aquella corte enemiga, pero ilustrada, como Alejandro hubiera hecho con una ciudad de Grecia, se mostró sumamente atento con la gran duquesa, no le manifestó el menor disgusto por la conducta de su esposo, hizo que la ciudad de Weimar fuese respetada, y mandó cuidar á los generales heridos que había en ella. De Weimar tomó á la derecha, y se dirigió hácia Naumburgo, para cumplimentar personalmente al cuerpo del mariscal Davout, mientras que sus lugartenientes perseguían á todo trance al ejército prusiano.

En aquel intervalo, galopaba el infatigable Murat con sus escuadrones, y así que llegó á Erfurt, puso sitio á la plaza, que aunque no era muy fuerte, estaba rodeada sin embargo de murallas bastante bien conservadas, y provistas de un material considerable. Atestada de heridos y fugitivos, había sido trasladado á ella el mariscal Mollendorf, á quien mandó tratar Napoleón con

las mayores atenciones; pero Murat intimó la rendición, con el apoyo de la infantería del mariscal Ney. Entre los fugitivos prusianos no había quien fuese capaz de hacer frente á los franceses, y resistir enérgicamente su impetuosa persecucion; además de que no eran muy buenos elementos de defensa catorce á quince mil fugitivos, seis mil de los cuales estaban heridos, y la mayor parte medio muertos, sin contar el desorden nunca visto que allí reinaba. La plaza capituló, pues, aquella misma noche, recogiendo los nuestros, además de los seis mil heridos prusianos, nueve mil prisioneros y un botin inmenso, despues de lo cual partieron Ney y Murat inmediatamente para seguir el grueso del ejército prusiano.

A fin de interceptar los cuerpos que huían aisladamente, había enviado Murat los dragones de Klein á Weissensée, poblacion situada entre Sommerda, donde el rey pasó la primera noche, y Sondershausen, que era donde debía pasar la segunda. El general Klein llegó allí antes que los prusianos, y el general Blucher, que mandaba la caballería se admiró en extremo de encontrar al paso á los dragones de Murat. En seguida pidió se le concediese entrar en parlamentos, y entabló una especie de negociacion con Klein, apoyándose en una carta que Napoleon escribia al rey de Prusia, carta en que segun decia, se hablaba de paz, y afirmando bajo su palabra de honor que acababa de firmarse una tregua. El general Klein creyó á Blucher, y no opuso el mas mínimo obstáculo á su retirada, salvándose los restos del ejército prusiano, gracias á aquel ardid de guerra. El general Blucher y el mariscal

Kalkreuth pudieron trasladarse á Greussen; pero el mariscal Soult les seguía por el mismo camino, y el 16 por la mañana alcanzó en dicha poblacion á la retaguardia de Kalkreuth, quien á fin de ganar tiempo, acudió tambien á lo de la tregua. En vez de caer Soult en el lazo, dijo que no creía en semejante tregua, y despues de emplear algunos instantes en mútuas conferencias, á fin de dar tiempo á que se le agregase su infantería, atacó á Greussen, la tomó á viva fuerza, y recogió aun muchos prisioneros, caballos y cañones. El día siguiente 17, los perseguidos y perseguidores se encaminaron hácia Sondershausen y Nordhausen, los unos abandonando á los otros bagages, cañones y batallones enteros, de suerte que recojimos mas de doscientas bocas de fuego en todos los caminos, y muchos miles de prisioneros.

Cuando el rey de Prusia llegó á Nordhausen, encontró allí al príncipe de Hohenlohe, y creyendo aun en los talentos de aquel general, que había sido derrotado como el duque de Brunswick, pero que tenía á los ojos del ejército el mérito de haber criticado el plan del generalísimo, le dió el mando en jefe. Sin embargo, dejó al frente de las dos divisiones de reserva al anciano Kalkreuth, que tambien tenía el mérito de haber censurado no poco lo que se había hecho, reduciéndose á esto las medidas que el rey tomó despues de aquel gran desastre. Triste, sin pronunciar una palabra, mostrando un rostro severo á los insensatos que habían querido se hiciese la guerra, pero evitando reconvençiones que podían ellos dirigirle tambien, pues si de su parte estaba la locura, de parte del rey la debilidad, se encami-

nó hácia Berlin, cuando se necesitaba su presencia mas que nunca para tranquilizar los ánimos abatidos, divididos y agriados, y formar con todos aquellos restos un cuerpo que retardase el paso del Elba, cubriese durante algun tiempo á Berlin, y se retirase hácia el Oder, con lo cual proporcionaria á los rusos un contingente de cierto valor. Su marcha fué un error y grave, ademas de poca digna del valor personal que Federico mostró en la batalla. Por lo demas, al nombramiento del príncipe de Hohenlohe, añadió aquel monarca otra medida, que fué escribir á Napoleon manifestándole cuanto sentia estar en guerra con Francia, y proponiéndole se abriesen al instante negociaciones para hacer la paz.

Como el rey dejó el cuartel general sin dar instruccion alguna militar á sus generales, estos obraron sin concierto, reuniendo el príncipe de Hohenlohe los restos de los dos ejércitos, menos la reserva confiada al mariscal Kalkreuth, y formando con ellos tres destacamentos, dos con las tropas que conservaban todavía alguna organizacion, y el tercero con la masa de fugitivos. En seguida dirigió á los tres, por un movimiento á la derecha hácia el Elba, haciéndoles marchar por tres líneas de puntos diferentes, pero situados en una misma direccion, de Nordhausen á Magdeburgo. Hubiera sido muy poco ventajoso dirigirse al Hartz, porque ademas de la falta de víveres, aquella montuosa cordillera no estaba bastante lejos, ni era tan profunda, que pudiera servir de asilo al ejército fugitivo. Antes por el contrario, habrian sido perseguidos por los franceses, acostumbrados á andar por las montañas, y aun tal vez, atravesada

la cordillera, tambien los hubieran encontrado al otro lado, interceptando el camino del Elba. De consiguiente, fué muy acertada la determinacion de tomar á la derecha, para dirigirse directamente hácia el Elba y Magdeburgo. Sin embargo, como llevaban consigo un parque de artillería gruesa que les hacia aliojar el paso, se les ocurrió confiarlo al general Blucher, que dando vuelta por el lado opuesto á los montes del Hartz, por Osterode, Seesen y Brunswick, debia bajar á los llanos del Hanover, sin que los franceses le siguieran, pues era de presumir que estos se arrojarían en masa tras el gran ejército prusiano, y no irían á correr tras un destacamento por medio de los escabrosos caminos de Hesse. En consecuencia el general Blucher, con dos batallones y un grueso cuerpo de caballería, se encargó de escoltar el gran parque. El duque de Weimar, que habia penetrado con la vanguardia en la selva de Thuringe, salió de ella así que supo se habian perdido las dos batallas, y marchaba al pie de los montes, costeando los mas lejos que podia á los dos ejércitos francés y prusiano; pero recibió con tiempo aviso del movimiento que debia hacer el general Blucher, y resolvió unirse á él por Osterode y Seesen. El mariscal Kalkreuth, despues de permanecer algunas horas en Nordhausen para cubrir la retirada, se dirigió rectamente hácia el Elba, mas abajo de Magdeburgo, queriendo marchar solo y disgustado por haber tenido que ir á las órdenes de dos generales á quienes apreciaba muy poco, cuando creia y no sin razon, haber hecho mérito para obtener el mando en jefe.

Los mariscales Ney, Soult y Murat salieron en

persecucion del gran ejército prusiano, forzando la marcha para ver de alcanzarlo, y cogiéndole á cada paso material y prisioneros: pero el camino que va de Nordhausen á Magdeburgo no era tan largo que tuviesen tiempo para ganar á los prusianos en celeridad. Consiguieron no obstante el objeto principal, que fué no dejarles descansar un dia siquiera, quitándoles los medios de reorganizarse y formar en el Elba un cuerpo de tropas de alguna importancia.

Durante este tiempo, marchó el mariscal Bernadotte á Halle para pasar por allí el Saale y ganar el Elba hacia Barby ó Dessau. Halle es á situada en la parte baja del Saale, mas abajo del sitio en que desagua en este rio el Elster, y mas arriba del en que se reune con el Elba; y al salir de Weimar el duque de Brunswick para retirarse hácia el Elba cubriéndose con el Saale, mandó al principe Eugenio de Wurtemberg que se dirigiese hácia Halle, para reunirse con el gran ejército prusiano. Dicho principe llegó allí efectivamente con unos diez y siete á diez y ocho mil hombres, único recurso que quedaba á la monarquía, y se situó en un buen punto para recoger al ejército derrotado; pero en vez de dirigirse éste hácia él, tomó el camino de Magdeburgo, y en su lugar apareció el dia 17 de octubre por la mañana, un destacamento de tropas francesas. Aquella era la division de Dupont, que por entonces seguía al cuerpo del mariscal Bernadotte. Apenas llegó el general Dupont á la vista de Halle, que tenia órden de atacar, se apresuró á reconocer por sí mismo la posición que ocupaba el enemigo, enterándose de que el Saale se divide en varios bra-

zos delante de aquella poblacion, y que hay que pasarlo por un puente muy largo, que atraviesa á un mismo tiempo praderas inundadas de agua y algunos brazos del rio. Aquel puente estaba pertrechado con artillería, por delante de él habia tropa de infantería, y en las islas que separan al rio en varios brazos, como ya hemos dicho, habian colocado baterías que enlilaban el camino por donde iban llegando los franceses. Al otro extremo del puente se presenta la poblacion, en cuyas puertas habia barricadas, y por último, mas allá se descubria el cuerpo de ejército del principe de Wurtemberg, formado en batalla sobre las alturas que dominan el curso del Saale. Era preciso, pues, pasar el puente, forzar las puertas de Halle, penetrar en la poblacion, atravesarla y tomar las alturas que hay detras de ella, lo cual era una serie de dificultades casi insuperables. Al ver esto el general Dupont, que tan bien se habia batido en Haslach y Dirnstein, toma al instante una resolucíon, decidiéndose á arrollar á las tropas que estaban apostadas en las avenidas del puente, para apoderarse de él, la poblacion y las alturas. Vuelve, pues, á donde se hallaba su division, toma el mando de las tropas del mariscal Bernadotte que éste habia diseminado fuera de tiempo (1), y las dispone del modo siguiente. Coloca en columna cerrada sobre el camino el 9.º de ligeros,

(1) Referimos aqui lo que dice el general Dupont en sus memorias, y podemos afirmar que en esas memorias manuscritas aun, y muy interesantes, en vez de ser Dupont destructor del mariscal Bernadotte, lo trata como amigo, como todos los que triunfaron en 1815, cuando Francia sucumbia.

sobre la derecha el 32 (el que adquirió tanta fama en Italia y seguía mandado por el coronel Darricau), y en seguida el 96 detras para apoyar todo el movimiento. Hecho esto, da la señal, y conduciendo sus tropas él mismo, las impele á la carrera sobre el piquete de infantería apostado á la cabeza del puente. Sufre horribles descargas de fusilería y metralla, pero llega como un relámpago, arrolla contra el puente las tropas que lo guarnecen, y las persigue, á pesar del fuego que sale por todos los lados, fuego que así alcanza á los franceses como á los prusianos. Despues de una refriega que dura algunos instantes, llega al otro extremo del puente, entra en la poblacion en medio de los fugitivos, y rompe en las calles contra los prusianos un vivo fuego de fusilería, hasta que los arroja de la poblacion y cierra las puertas.

El general Dupont, sufrió pérdidas, pero se apoderó de casi todas las tropas que defendian el puente, así como su numerosa artillería. Sin embargo, aun no estaba terminada la operacion, pues el cuerpo del ejército del príncipe de Wurtemberg se mantenía al otro lado de la poblacion, sobre las alturas que hay detras, y era preciso desalojarlo de allí, si se quería seguir siendo dueño de Halle y el puente del Saale. El general Dupont deja á sus tropas tomar aliento, y luego manda abrir las puertas de la villa, dirigiendo su division hácia el pie de las alturas; pero los doce mil hombres allí apostados acogen con un fuego horroroso á los tres regimientos que no contaban arriba de cinco mil combatientes. Sin embargo, avanzan en varias columnas, con el vigor de tropas acostum-

bradas á no retroceder ante ningun obstáculo, y al mismo tiempo dirige el general Dupont uno de sus batallones sobre el flanco de aquella posicion, dá la vuelta, y viendo el efecto que causa esta maniobra, impele sus columnas de ataque. A pesar del fuego enemigo se lanzan los tres regimientos, escalan las alturas, y así que llegan á la cumbre, desalojan de ella á los prusianos. En el terreno situado mas allá se traba un nuevo combate con todo el cuerpo del duque de Wurtemberg; pero la division de Drouet llega en aquel momento, y su presencia quita enteramente la esperanza al enemigo, poniendo fin á sus esfuerzos.

Aquel brillante combate costó á los franceses seiscientos muertos ó heridos, y unos mil á los prusianos, ademas de cuatro mil prisioneros. El duque de Wurtemberg se retiró en desórden hácia el Elba por Dessau y Wittemberg, apresurándose á destruir todos los puentes, y uno de sus regimientos, esto es el de Trescow que habia salido de Magdeburgo para unirsele por la orilla izquierda del Saale, fué sorprendido y hecho prisionero casi del todo. Así, pues, hasta la reserva de los prusianos huía, y estaba tan desorganizada como el resto de su ejército.

Napoleon, que fué á Naumburgo para ver el campo de batalla de Awerstaedt, y felicitar al cuerpo del mariscal Davout por su brillantísima conducta, apenas se detuvo allí, dirigiéndose en seguida á Merseburgo. En el camino que llevaba hallábase el sitio en que se dió la batalla de Rosbach, y como era hombre muy versado en la historia militar, como sabia exactamente todos los pormenores de aquella célebre ac-

cion, envió al general Savary para que indagase donde estaba el monumento levantado para perpetuar la memoria de la batalla. El general Savary lo descubrió en medio de unos sembrados, estando reducido á una columnita de muy pocos pies de altura, y cuyas inscripciones estaban borradas. Unos soldados del cuerpo de Lannes, que pasaban por aquellos sitios, la recogieron, colocando los pedazos en un carro que salió para Francia.

En seguida se trasladó Napoleon á Halle, no pudiendo menos que admirar el hecho de armas de la division de Dupont. Aun habia por el suelo cadáveres que no habian sido enterrados por falta de tiempo, y al ver Napoleon que tenian puesto el uniforme del regimiento número 32 exclamó: —¡Cómo, aun habia soldados del 32! Murieron tantos en Italia, que creia no quedaba uno siquiera.—Y colmó de elogios á las tropas del general Dupont.

A todo esto, los movimientos del ejército enemigo empezaban á verse mas á las claras, y Napoleon dirigió la persecucion conforme á su plan general, que consistia en dejar atras á los prusianos, llegar antes que ellos al Elba y el Oder, é interponerse entre ellos y los rusos, para impedir que se reuniesen. Con este fin mandó el mariscal Bernadotte que bajase el Saale hasta el Elba, y pasase este rio por un puente de barcas que hay cerca de Barby, no lejos de la confluencia del Saale y el Elba. A los mariscales Lannes y Augereau, que habian tenido dos ó tres dias para rehacerse, les previno pasasen el Saale por el puente de Halle, y el Elba por el de Dessau, restableciendo este último, si lo habian des-

truido los enemigos. En cuanto al mariscal Davout, le mandó dejar en Naumburgo todos sus heridos, y dirigirse con su cuerpo de ejército á Leipsick, y de Leipsick á Wittemberga, para apoderarse del paso del Elba que hay en aquel punto, pues si se hacia dueño en tiempo oportuno del curso del Elba, desde Wittemberga hasta Barby, tenia las mayores probabilidades de llegar á Berlin y el Oder antes que el enemigo.

De paso, aunque Leipsick pertenecia al elector de Sajonia, mandó Napoleon al mariscal Davout tomase una medida rigurosa contra los comerciantes de aquella ciudad, que eran los principales traficantes de mercancías inglesas en Alemania. Queriendo castigar Napoleon á la Inglaterra por la guerra que estaba haciendo á Francia, trataba de intimidar á las poblaciones comerciales del Norte, como por ejemplo, Bremen, Hamburgo, Lubeck, Leipsick y Dantzic, las cuales abrian á los ingleses el continente, que él queria cerrarles. Previno, pues, á los comerciantes que sino declaraban las mercancías inglesas que poseian, mandaria hacer visitas domiciliarias, castigando severamente á los que faltasen á la verdad, porque aquellas mercancías iban á ser confiscadas á beneficio del ejército francés.

Durante este tiempo continuaban su marcha hácia el Elba nuestras tropas; pero el mariscal Bernadotte pasó aquel rio por Barby no tan pronto como se le habia mandado, y Napoleon que se contuvo, como ya sabemos, cuando lo de Awerstaedt, dió aquella vez rienda suelta á su descontento, haciendo que el principe Berthier

escribiese una carta al espresado mariscal, en que, á propósito del paso tardío del Elba, le recordaba amargamente su salida precipitada de Naumburgo el día en que se dieron las batallas de Jena y Awerstaedt (1) Sin embargo, como su-

(1) A continuación verán nuestros lectores dicha carta que existe en el archivo de la guerra.

*El mariscal Berthier al mariscal Bernadotte.*

Halle, 21 de octubre de 1806.

Señor mariscal: el emperador me encarga os escriba diciendos que está muy descontento conque no hayais cumplido la orden que recibisteis, y en que se os mandaba fueseis ayer á Calbe para echar un puente en la embocadura del Saale, ó lo que es lo mismo en Barby. Y eso que debiais conocer que todas las disposiciones del emperador estaban combinadas entre sí.

S. M. que está muy disgustado con que no hayais ejecutado sus órdenes, os recuerda con este motivo que no os hallasteis en la batalla de Jena, lo cual pudo comprometer la suerte del ejército, y hacer que se frustrasen las grandes combinaciones de S. M., al mismo tiempo que puso en duda y ensangrentó la batalla mas de lo que debia. Por mucho que esto afectase el ánimo del emperador, no quiso hablaros de ello, porque acordándose de vuestros anteriores servicios, temia afligiros, y la consideracion que os tiene le indujo á callar; pero en estas circunstancias, viendo que no habeis ido á Calbe, ni intentado el paso del Elba, séase por Barby, séase en la embocadura del Saale, el emperador se ha decidido á manifestaros su modo de pensar, porque no está acostumbrado á que se sacrifiquen sus operaciones por etiquetas sobre mando, inútiles de todo punto.

El emperador, señor mariscal, me encarga tambien os hable de una cosa menos importante; á saber: que á pesar de haber recibido ayer orden en que se os mandaba enviaseis aquí

cede cuando nos guiamos no tanto por las reglas de la justicia como por los impulsos del alma, Napoleon, que la primera vez fué demasiado indulgente, se mostró sobrada riguroso la segunda, porque la lentitud del mariscal Bernadotte en pasar el Elba, mas que á él se debia á los elementos. Lannes se arrojó sobre Dessau, y de allí sobre el puente del Elba, que los prusianos habian medio destruido; pero se apresuró á componerlo. El mariscal Davout llegó á Witemberga, y tambien encontró á los prusianos ocupados en destruir el puente del Elba, y dispuestos á prender fuego á un almacen de pólvora poco distante de la poblacion; pero los habitantes de ella, que eran sajones, y sabian ya que Napoleon queria evitar á su patria las consecuencias de la guerra, se apresuraron á salvar el puente, á arrancar las mechas, y á ayudar á los franceses á que evitasen una esplosion. El día 20 de octubre fué cuando los mariscales Davout, Lannes y Bernadotte, pasaron el Elba, á los seis de haberse dado las batallas de Jena y Awerstaedt, de suerte que ni siquiera se perdió una hora. En dos batallas importantes, y en la accion de Halle, accion

tres companias para conducir vuestros prisioneros, no lo habeis hecho. En Halle quedan 3,500 sin ninguna escolta, y el emperador os manda, señor mariscal, que enviéis inmediatamente un oficial de estado mayor á la cabeza de tres companias completas que formen trescientos hombres, para recoger todos los prisioneros que hay en el Halle, y conducirlos á Erfurt. Aquí solo queda la guardia imperial, y el emperador no quiere escolte los prisioneros hechos por vuestro cuerpo de ejército. Son las nueve, y ya no se trata de las tres companias que os pedí ayer.